

Ella dejó sembrada en vuestra mente,
 De la ciencia y virtud frutos copiosos,
 La fecunda simiente,
 Que si germina viviréis dichosos:
 Id, pues, en pos de su última morada,
 Y del laurel que forma su grandeza,
 La corona tejed que, colocada
 En su fosa, disipe la tristeza.

Sí; tú puedes, si es dable á tu albedrío,
 Contemplar con anhelo,
 En este cuadro lúgubre y sombrío,
 La gratitud mostrándote su duelo.
 Sigue al destino, corre á do te llama,
 Dejando de tu génio las señales,
 Mientras escribe la incansable fama
 En su libro tus obras inmortales;
 Sigue, espíritu, sigue; tu memoria
 Guardará agradecido siempre el hombre. . . .
 Desde hoy que dejas la terrestre escoria,
 Brillará sin cesar tu augusto nombre
 A la luz infinita de tu gloria.

FRANCISCO SALGADO.



SEÑORES:

LA inteligencia, ha dicho un gran poeta, (Ferdusi) es el mayor dón de Dios, y la accion más meritoria es celebrarla. La inteligencia es la guía de la vida; alegra el corazon y es un auxilio en este mundo y en el otro. La razon es la fuente de tus alegrías y de tus amarguras, de tus ventajas y de tus pérdidas. La inteligencia te da el valor en este mundo y en el otro, y si se destruye la razon cae el hombre en la esclavitud. La inteligencia es el ojo del alma, y si bien lo consideras,

verás que sin los ojos del alma no podrias gobernar este mundo. La razon es la primera de las cosas creadas, es la custodia del alma; á ella debemos el agradecimiento, agradecimiento que debemos manifestar con la lengua, los ojos y los oídos.» Estas palabras, dictadas por el mismo sentimiento de la verdad, jamás podrían tener una aplicacion más exacta que en los solemnes momentos en que nos reunimos para tributar el legítimo homenaje de admiracion y respeto, al sabio que aun hace pocos dias era el orgullo y el consuelo de la sociedad mexicana.

En efecto, si la inteligencia es el mayor dón de Dios, si la accion más meritoria es celebrarla, si ella es la guía de la vida, el ojo del alma, no habrá ningun elogio superior al mérito de esos séres privilegiados, que han venido á la tierra con la mision de dirigir, de enseñar á sus semejantes, de hacerles dar un paso en el camino del progreso, de mejorar su condicion física y moral, de levantar un poco el velo impenetrable que cubre la verdad á los ojos de los hombres. Esos séres, que ampliamente dotados de una riqueza intelectual por la naturaleza, corresponden á su destino consagrando su laboriosa existencia al objeto para el cual les fué dada, al abandonar la tierra para siempre han de sentir la inefable satisfaccion del cumplimiento del deber, viendo la muerte como el reposo apetecido despues de un largo dia de lucha y de trabajo. El testimonio de una conciencia tranquila es la blanda almohada en que descansa la cabeza del hombre honrado. Él no ha hecho verter una sola lágrima en su camino; la injusticia no ha empañado ninguno de sus pensamientos; la fuerza no ha sido jamás la razon de sus obras, pues semejante al sol que todo lo anima y vivifica, su alma ha sido un foco de luz y de calor, que ha derramado el consuelo y la vida sobre los séres que le rodearan.

Inútil sería para mí detenerme en estos momentos en detalles que pertenecen al dominio del biógrafo. ¿Quién no conoce en la República el nombre del Dr. D. Miguel Jimenez? ¿Quién no ha oído hablar de ese sabio con el entusiasmo y la admiracion que inspira una reputacion sólidamente establecida? ¿Quién ignora lo mucho que le debe la Escuela de Medicina de México, esa insigne Academia de que justamente se enorgullece nuestra patria? ¿Quién ha olvidado los constantes desvelos del eminente profesor para trasmitir á sus jóvenes alumnos los sazonados frutos de su larga experiencia? ¿Quién no recuerda conmovido aquella rectitud y aquella benevolencia sin límites, que parecian velarse tras una fria severidad como si temieran mostrarse á las miradas de la multitud?
Pues bien: hay nombres que por sí solos forman una historia, nombres

que están destinados á vivir en las generaciones venideras, porque es impotente contra ellos la accion destructora del tiempo y de la muerte.

¡La muerte! Pero ¿qué especie de doloroso misterio envuelve el destino del hombre, colocado en abierta y perpétua contradiccion con todas las aspiraciones, con todas las tendencias constitutivas de su sér? La inteligencia que busca la verdad, el corazon que anhela sin descanso el goce de una felicidad inalterable, el alma que se espanta á la sola idea de encontrar un limite á las pasiones que la agitan, tienen que tropezar á cada paso con las barreras insuperables que les ha impuesto un poder inflexible y desconocido. La losa del sepulcro pesa por igual sobre todo sér creado. El sabio que se ha consagrado con ardor á penetrar alguno de los arcanos del mundo que le cerca, debe dejar su obra incompleta, cuando tal vez comenzaba á sonreírle la esperanza de ver resuelto el problema que le habia desvelado largos años; el filántropo, el hombre virtuoso, que han abrigado el bello sueño de aliviar la suerte de sus semejantes, que han combatido sin tregua con el dolor y la desgracia, tienen al fin que obedecer á un mandato inexorable, abandonando el exíguo lugar que han ocupado sobre la tierra, y viendo con tristeza que todos sus esfuerzos solo han conseguido derramar algunas gotas de consuelo en el inmenso océano de infortunios que pesa sobre la humanidad.

Estas verdades, antiguas como el mundo, no por eso quitarán al hombre el derecho de quejarse, ni la generalidad de la ley disminuirá á sus ojos la injusticia. Ellas se presentarán siempre como una terrible esfinge á las sociedades atónitas, cuando se sientan heridas por el golpe de esa necesidad inexorable. Pues ¡qué! ¿podrémos contemplar sin conmovernos, inerte y sin vida al que ayer, apurando los recursos de la ciencia, devolvía un padre querido á sus hijos desolados, arrancaba de la tumba á un ciudadano ilustre para restituirle á la patria consternada? ¿Podrémos ver indiferentes extinguida la antorcha de esa clarísima inteligencia, reducido á un poco de materia en descomposicion ese cerebro privilegiado en que hervía un mundo de pensamientos, que con una velocidad inconcebible recorrían todos los vastos dominios de la ciencia? ¿Nos resignarémós sin murmurar á decir un adios eterno al alma poderosa que animaba ese organismo pronto á disolverse en el receptáculo comun de la materia?

Léjos de mí el más leve concepto que pudiera ser una profanacion para la memoria del filósofo, que con una fé profunda en la inmortalidad, soportó con heroico valor la enfermedad y el sufrimiento. Si la razon vacila ante la sombra que envuelve nuestro destino ulterior; si el helado

soplo de la duda viene de vez en cuando á marchitar las flores de la fantasía, haciéndonos entrever los abismos tenebrosos de la nada, detrás de esos horizontes infinitos á que se lanza el espíritu herido y lastimado con los abrojos de su peregrinacion terrena, presto se alza de lo más íntimo de la conciencia una voz enérgica que protesta contra ese cobarde desaliento, que nos señala como indigno de nuestro destino el mundo de fantasmas que habitamos, y que nos dice con irresistible elocuencia, que en vano buscamos en los estrechos linderos de la experiencia la prueba que llevamos dentro de nosotros mismos, y que vive y persiste en cada uno de nuestros actos, á pesar de las angustiosas sugerencias de una razon enferma de debilidad y de ignorancia.

En efecto: ¿por qué nos hallamos reunidos en derredor de ese ataúd? ¿Qué significan esos homenajes respetuosos, en presencia de un cadáver, incapaz de comprender tan tiernas y elocuentes manifestaciones? ¿Se dirá que es la patética efusion de nobles sentimientos, que tienen por objeto el solo recuerdo que vive dentro de nosotros mismos, y que ha quedado como la imagen impresa del sér que ha desaparecido para siempre? Pero esto seria tanto como rebajar un acto verdaderamente noble, á las ruines proporciones de una preocupacion vulgar; seria nivelar inteligencias escogidas y altamente ilustradas, con las pueriles imaginaciones de pueblos primitivos, que trasportan al mundo real las ficciones de su propia fantasia. Nó, los honores fúnebres que se rinden á los restos inanimados del hombre que ha muerto, no tienen ni pueden tener más que una significacion seria: el sentimiento de la inmortalidad. Si ese sentimiento es una ficcion, si ese sentimiento es un sueño dorado que ha surgido en el seno de la humanidad, como un consolador recurso adonde refugiarse en los eternos espectáculos de dolor y de injusticia que la cercan, entónces es preciso reconocer que de tal manera se halla enraizado en el fondo de nuestro corazon y de nuestra conciencia, que no nos es posible despojarnos de él, puesto que resiste á todas las especulaciones científicas, á todas las teorías que aspiran á imponerse como verdades demostradas.

Nada por otra parte seria más desgarrador que el espectáculo del sabio que ha muerto, si sus buenas obras no tuvieran otra recompensa que la sombría soledad del sepulcro. ¿A qué fin consagrarse á penosas vigiliás, sujetarse á una vida de amargas privaciones, que no producirian un resultado adecuado á la magnitud del sacrificio? ¿La gloria tal vez; el agradecimiento de sus semejantes; las ventajas materiales, premio merecido y justo de un trabajo honrado? Pero la gloria es una de esas ilu-

siones de las almas escogidas, acompañada siempre de agudísimas espinas, más punzantes y más dolorosas á proporcion que es más digna y más alta la frente que hieren: el agradecimiento no es la virtud que más ha distinguido á nuestra desgraciada especie, víctima á menudo de la envidia, de la malevolencia, de errores involuntarios que le hacen desconocer y olvidar el verdadero mérito: en cuanto á las riquezas, á los honores, á las altas posiciones, no son el talento ni la ciencia ni la honradez medios seguros é infalibles para obtenerlos, pues por el contrario, en todos tiempos han constituido el patrimonio de la audacia y de una fortuna ciega en sus favores. Entónces el sabio podria decir con plena verdad como el rey filósofo que hace más de dos mil años exclamaba en el colmo de la desesperacion: «Si una ha de ser la muerte del necio y la mia, ¿qué me aprovecha haber aplicado mayor desvelo á la sabiduría. . . . ? Porque la memoria del sabio no será para siempre, como ni la del nécio, y los tiempos venideros lo cubrirán todo con el olvido: muere el docto así como el indocto.»

Nó, la razon se rebela contra tamaña injusticia, que destruye de un golpe el objeto moral de la vida, que hace vacilar todo el edificio de nuestras ideas y sentimientos, dejándonos abandonados sin brújula y sin esperanza en medio de las tempestades de un mar sin riberas. La razon no comprende, no puede comprender, cómo el vasto tesoro de ideas y de conocimientos que se alojaba en el cerebro privilegiado de Jimenez, se haya desvanecido en la nada al cesar de circular en ese órgano la sávia de la vida. La razon no comprende, no puede comprender, que el noble espíritu que animó en la tierra ese cuerpo que hoy contemplamos encerrado en una caja mortuoria, se evaporase como una preciosa esencia que se disipa en la atmósfera al romperse la redoma que la contiene. Nó, la inteligencia no puede ser el resultado del organismo, cuando ese organismo revela precisamente la obra más sábia de la inteligencia. Y entónces se comprende bien que subsista el artista, una vez roto el instrumento de que se servía en sus diversas manifestaciones, y que la riqueza intelectual y moral adquirida á costa de un trabajo asiduo, sea un caudal efectivo que contribuirá á formar la felicidad que presentimos.

De esta manera, reducida á su verdadero valor, la muerte pierde todos sus horrores, porque deja de ser esa fria y pavorosa negacion de toda verdad y de toda justicia. El bello ideal de la humanidad, la ciencia, la belleza, la libertad, la abnegacion y el deber, se convierten en una realidad positiva, porque tienen un apoyo bastante sólido en que fundarse. El mártir que derrama su sangre en defensa de una idea que

hará la dicha de las generaciones futuras; el sabio que sacrifica su reposo á la resolucion de un problema que no le aprovechará; el que planta y cultiva el árbol cuyos frutos sabe que no ha de cosechar, recobran toda su grandeza, toda su majestad, dejando de ser locos sublimes que solo merecerian la sonrisa desdeñosa de los hombres sensatos. La sombra de la tumba se ilumina con la luz de la vida, pues no es ya su objeto, segun la feliz expresion de Montaigne. Los lazos misteriosos de la amistad, del amor, del cariño, que atan á los séres racionales, formando los más bellos encantos de la existencia, léjos de romperse con un adios eterno, se ligan y se fortifican más y más desde que son tocados por el dedo misterioso de la muerte. Y las pompas funerales con que en todos tiempos y en todos los países los pueblos han honrado la memoria de aquellos personajes ilustres, que han legado á los que les sobreviven un dechado de grandes virtudes, toman su verdadera y poética significacion, fundada en la solidaridad que existe entre el sér que páрте y los séres que quedan lamentando su ausencia; dolor que es dulcificado por la consoladora esperanza de que pronto se verificará una reunion más íntima y más duradera entre almas nacidas para comprenderse y estimarse.

Señores: la Escuela Preparatoria, ese bello plantel de instruccion secundaria, que en los pocos años que lleva de existencia ha prestado ya tan importantes servicios á la juventud estudiosa, no podía permanecer indiferente ante el doloroso suceso que tan hondamente ha conmovido á la sociedad mexicana. Sabiendo todo lo que valia la vasta ciencia del Dr. Jimenez, ha comprendido tambien la pérdida inmensa que su muerte ha causado. Ella ha querido dar una pública muestra de esos justos sentimientos; ha querido asociarse á las solemnes manifestaciones del duelo sincero, que tiene por objeto honrar la memoria de uno de esos ciudadanos que por su saber y sus virtudes forman el orgullo y el decoro de su patria. Admiradora desapasionada del verdadero mérito, la Escuela Preparatoria saluda en el Dr. Jimenez una de las glorias más puras y más sólidamente establecidas en nuestro pais; y, al tributar á su memoria el merecido homenaje de un profundo respeto, hace los más fervientes voços porque la ciencia y la filantropía del ilustre profesor, á quien hemos venido á dar el último adios, tengan numerosos imitadores entre las jóvenes que con tan brillante éxito se dedican en México á la noble carrera de la medicina.—HE DICHO.

JOSÉ M. VIGIL.